



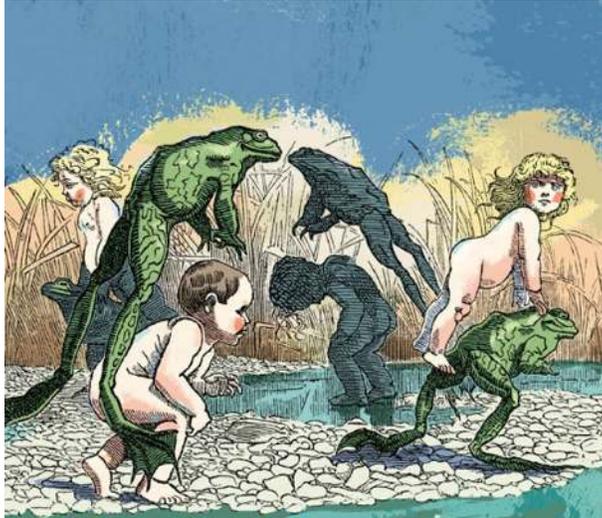
# Los niños del agua

Charles Kingsley

Ilustraciones de Linley Sambourne

*Traducción de Berta Roda*





# Los niños del agua

Charles Kingsley

Ilustraciones de Linley Sambourne

*Traducción de Berta Roda*





REY LEAR [10]

LOS NIÑOS  
DEL AGUA



Titulo original: THE WATER-BABIES, 1863  
(Edición basada en la publicada en 1889  
por Macmillan & Co.)

Edita: REY LEAR, S.L.  
[www.reylear.es](http://www.reylear.es)

© De la traducción, Berta Roda, 2007

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española  
© REY LEAR, S.L.

Ilustración de cubierta de Linley Sambourne,  
coloreada por Toño Benavides

ISBN: 978-84-92403-64-6

*Diseño y edición técnica:* Jesús Egido  
*Corrección de pruebas:* Juan Lázaro y Pepa Rebollo  
*Traducción de los poemas versificada por* Luis Alberto de Cuenca  
*Producción:* REY LEAR

Los eBooks no son transferibles. No pueden ser vendidos, compartidos o regalados ya que esto constituye una violación a los derechos de esta obra. El escaneo, carga y distribución de este libro vía Internet o vía cualquier otro medio sin el permiso del editor es ilegal y castigado conforme a la ley. Por favor compre solamente ediciones electrónicas autorizadas y no participe o fomente la piratería electrónica de materiales protegidos con derechos de autor.

LIBRO SIN LIBRO, 2011  
[www.librosinlibro.es](http://www.librosinlibro.es)

LOS NIÑOS  
DEL AGUA

Charles Kingsley

Ilustraciones de Linley Sambourne

Traducción de Berta Roda



## PRESENTACIÓN

COETÁNEO DE CHARLES LUTWIDGE DODGSON (más conocido como Lewis Carroll), Charles Kingsley también fue clérigo y aficionado a la ciencia. Les une algo más: Kingsley con *Los niños del agua* (1863) y Carroll con *Alicia en el País de las Maravillas* (1865) escribieron dos de las obras más fantásticas e inclasificables de la historia de la Literatura. Siglo largo después de que fueran publicadas, ambas siguen vivas e, incluso, han logrado superar el ámbito juvenil al que inicialmente parecían dirigidas, para acabar convertidas en clásicos absolutos leídos y disfrutados por el público adulto.

Editores de todo el mundo no cesan de reeditarlas, salvo en España, donde la novela *Los niños del agua* es prácticamente desconocida. ¿Por qué? Tal vez habría que buscar las razones en la ideología socialista de Kingsley, tan antipática durante más de cuarenta años a quienes regían la política y, por tanto, la cultura española. Sin embargo, Walt Disney, que no ha pasado a la historia por su progresismo, tuvo más juicio que los censores del franquismo y en 1935 realizó una corta versión en dibujos animados de *Los niños del agua*, que ocupó un capítulo de la serie *Silly Simphonies*. El propio Disney, además, presentó personalmente su versión ante los espectadores, destacó en ella la importancia del libro de Kingsley e ilustró su exposición con imágenes del dibujante Linley Sambourne, las mismas que acompañan a esta edición.

Charles Kingsley nació en 1819 en Holne, localidad de Devonshire próxima a Dartmoor. Su padre era un clérigo protestante que matriculó a su hijo en el King's College de

Londres y, posteriormente, en Cambridge. A los cuarenta años, el autor de *Los niños del agua* fue nombrado capellán de la reina Victoria y al mismo tiempo emprendió su carrera literaria con el poema dramático *The saint's tragedy*.

Convencido liberal e idealista, junto a varios amigos creó el grupo de los socialistas cristianos, lo que le provocó serios enfrentamientos con los sectores más conservadores de la iglesia, comandados por el vicario anglicano John Henry Newman, que acabaría siendo ordenado cardenal de la Iglesia apostólica romana. Kingsley, que jamás ahorró una oportunidad para enfrentarse a Newman, impartió historia moderna en Cambridge y fue canónigo de la abadía de Westminster, lo que no le impidió escribir una extensa obra, recopilada en veintiocho volúmenes, en la que hay desde ensayos y poemas a novelas históricas y fantásticas. De su extensa producción, el título que le ha permitido pasar a la posteridad es *The Water-Babies*. Murió en Eversley, localidad del condado de Hampshire, en 1875.

## **Los niños acuáticos**

Publicada cuatro años después que *El origen de las especies* de Charles Darwin, *Los niños del agua* se ha confundido a menudo con un relato meramente infantil aunque, al igual que las principales novelas de Lewis Carroll, supera con creces cualquier barrera de edad. La historia arranca con tintes que la aproximan al *Oliver Twist* de Charles Dickens, obra escrita veinticuatro años antes. Tom, un deshollinador de diez años, explotado cruelmente por su amo Grimes, se cae por la chimenea de una casa de campo a donde ha sido llevado a trabajar. El accidente provoca un enorme revuelo en la finca y Tom sale huyendo hacia un arroyo en el que,

aparentemente, se ahoga. Pero no muere, y se transforma en un niño acuático, un *niño del agua*, que deberá madurar con la ayuda de las hadas y las criaturas marinas hasta convertirse en un nuevo ser más libre y responsable.

Kingsley introduce en la novela todos los asuntos de la vida que le interesaban: la esclavitud infantil, la calidad del sistema educativo, la relatividad del conocimiento, los errores científicos y la evolución de las especies defendida por Darwin. La novela se la cuenta a un niño, presumiblemente a Grenville Arthur, el hijo menor de Kingsley al que está dedicada. Con una arquitectura sorprendente, intenta entablar un diálogo con el lector en el que todo es posible gracias a la fantasía, indaga en la naturaleza como reflejo de la realidad divina y, mediante parábolas y relatos incorporados a la trama central, aporta algunas ideas respecto a la degeneración de las especies que tardarían más de un cuarto de siglo en ser aceptadas y empleadas habitualmente por los novelistas.

Al igual que Carroll, inventa todo tipo de términos imaginativos, provoca situaciones surrealistas y emplea un lenguaje todavía más directo y coloquial que el que aparece en las aventuras de *Alicia*. *Los niños del agua* está plagada de ironías y referencias a su época, que en esta traducción han intentado despejarse con notas a pie de página. Kingsley no deja títere con cabeza y con valiente libertad arremete contra la formación del profesorado o la arquitectura pública británica que le parece poco funcional o desagradable. Sólo hay que leer la descripción que hace en el primer capítulo sobre los edificios de la villa Harthover para comprender que tampoco los movimientos arquitectónicos se escapaban a su interés y conocimiento.

Al mismo tiempo que evidencia su enorme cultura interdisciplinar, también hace gala de un extraño sentido

del humor tan potente como absurdo. Es curioso que en el texto figuren continuas referencias peyorativas a los irlandeses, en contraposición con las virtudes que atribuye a escoceses e ingleses. Sin duda, las críticas de Kingsley encierran un ajuste de cuentas con Newman y los católicos papistas, religión mayoritaria en Irlanda, de ideas más conservadoras que las defendidas por los anglicanos y, dentro de éstos, sobre todo, por los más avanzados socialistas católicos.

Novela de novelas, que también puede leerse por cualquier parte, como si se tratara de un libro de consulta por la cantidad de digresiones y apostillas a la trama principal, su rareza la hace inclasificable e incluso hoy en día encierra un carácter novedoso que evidencia con claridad la capacidad del autor para adelantarse a su tiempo; al suyo y quién sabe si también al nuestro.

Por ella, aparte de los protagonistas humanos, desfilan numerosas especies animales y vegetales, lo que manifiesta el enorme cariño y conocimiento de su autor por la Naturaleza. Pero, sobre todo, prevalece la imaginación, la misma que alentó a Jonathan Swift a escribir *Los viajes de Gulliver* (1726) y a Rudolf Erich Raspe *Las aventuras del Barón de Munchausen* (1785). Ambos libros aparecen citados en la novela de Kingsley, lo que da prueba de su gusto por un tipo de fantasía peculiar y desbordante. El mismo del que haría gala Carroll en sus maravillosos libros sobre *Alicia*.

La magia de *Los niños del agua* ha atraído tradicionalmente a un gran número de dibujantes que han puesto cara a sus personajes. Además de Walt Disney, se han acercado a la novela artistas como Sir Joseph Noel Paton, Warwick Goble, W. Heath Robinson o Jessie Willcox Smith. En 1889, catorce años después de la muerte de

Kingsley, se publicó en su honor una edición especial. Las impresionantes ilustraciones en blanco y negro de Linley Sambourne que acompañaron al relato son tan fantásticas, inquietantes y sorprendentes como el texto. Todas ellas se han incluido por primera vez en España en esta nueva edición que pretende sacar del olvido un libro imprescindible.

**EL EDITOR**

LOS NIÑOS  
DEL AGUA



Al más joven de mis hijos, Grenville Arthur, y al  
resto de los muchachos buenos.

**CHARLES KINGSLEY**

Que cada hombrecito bueno venga y lea mi acertijo; el que no  
pueda hacerlo no madurará plenamente.

# CAPÍTULO I

Mil notas invadiendo mis oídos,  
yacía yo tumbado en la floresta,  
en ese punto en que los pensamientos  
viran del gozo a la melancolía.

Naturaleza a sus hermosas obras  
el alma que fluía en mí asociaba,  
pero mi corazón estaba triste  
al pensar lo que el hombre ha hecho del hombre.

## WORDSWORTH [\[1\]](#)



RASE UNA VEZ un pequeño deshollinador llamado Tom. Un nombre corto que habrás oído antes, así que no te costará mucho recordarlo. Vivía en una gran ciudad al norte del país, llena de chimeneas que limpiar y de dinero que ganar para Tom, que ansiaba gastar su patrón. Tom no sabía leer ni escribir y nada de eso le importaba. Tampoco se lavaba, pues el patio de vecinos en que habitaba no disponía de agua corriente.

Nunca le enseñaron a rezar, ni oyó hablar de Dios, o de Cristo, salvo con blasfemias que tú nunca has escuchado y que hubiera sido mejor que él tampoco. La mitad del tiempo lloraba y la otra mitad reía. Lloraba cuando tenía que trepar por los oscuros tiros de las chimeneas, restregando sus pobres rodillas y codos en carne viva, cuando el hollín se le

metía en los ojos —lo que ocurría cada día de la semana—, cuando su patrón lo golpeaba cada día de la semana y cuando no tenía qué comer, lo cual sucedía también cada día de la semana. Y reía al jugar con otros niños a cara o cruz con medio penique, al potro o lanzando piedras a las patas de los caballos que pasaban trotando; una magnífica diversión siempre que hubiera un muro tras el que esconderse.



Como limpiador de chimeneas hambriento y maltratado, entendía que el mundo funcionaba así, del mismo modo que la lluvia, la nieve o el trueno, y lo soportaba estoicamente hasta que acabara — igual que hace un viejo burro bajo una tormenta de granizo, tras la cual se sacude las orejas para seguir siendo tan feliz como siempre—, confiando en que vendrían tiempos mejores cuando se hiciera hombre y, como patrón de deshollinadores, se sentara con una jarra de cerveza y una larga pipa, jugando a las cartas con monedas de plata, vestido de terciopelo y botas de montar, dueño de un bulldog blanco con una oreja gris cuyos cachorros llevaría en el bolsillo, como hacen los hombres. Tendría aprendices: uno, dos, tres si pudiera. ¡Cómo los golpearía e intimidaría!, del mismo modo que su patrón hacía con él. Les haría llevar a casa los sacos de hollín, mientras él marcharía delante, montado en su burro, con la pipa en la boca y una flor en el hojal, igual que un rey a la cabeza de su ejército. Sí, soñaba con que llegarían mejores tiempos y, aun así su patrón le daba un sorbo de los restos de su cerveza, se sentía el chico más feliz de la ciudad.

Un día, llegó al patio de vecinos un elegante mozo de cuadra. Tom, escondido tras el muro, se preparaba para arrojar un ladrillo a las patas del caballo, porque la costumbre del lugar era dar la bienvenida a los extraños de esa manera, pero el mozo lo vio y le preguntó dónde vivía el señor Grimes, el deshollinador. Como Grimes era su patrón, y Tom un buen hombre de negocios, siempre amable con los clientes, soltó el ladrillo detrás del muro y se dispuso a recibir órdenes.



El señor Grimes debía presentarse en casa de sir John Harthover, en su villa, ya que su viejo deshollinador había sido encarcelado y las chimeneas necesitaban una limpieza.

Y así partió inmediatamente, sin darle a Tom tiempo de preguntar por qué había sido encarcelado el deshollinador, asunto que le interesaba, ya que él mismo había estado preso en una o dos ocasiones. Por otra parte, el mozo parecía bastante limpio y aseado, con discreta indumentaria de polainas, pantalones de montar, chaqueta, lazo al cuello blanco como la nieve con elegante alfiler y una cara

redonda y rubicunda que disgustaba a Tom, quien lo consideraba uno de su calaña venido a más, que se daba aires por ir elegantemente vestido con trajes que pagaban otros. Se dirigió entonces a esconderse tras el muro para lanzarle el ladrillo, pero no lo hizo al recordar que ahora estaba en el mundo de los negocios y, como si dijéramos, bajo tregua.

Su patrón se puso tan contento con el nuevo cliente que se le fue la mano y tiró a Tom al suelo. Esa noche bebió más cerveza de la que se habría ingerido en dos, con el fin de asegurarse que a la mañana siguiente se levantaría a tiempo, ya que cuanto más le duele la cabeza a un hombre al despertarse —según Grimes—, más ganas tiene de salir a respirar aire fresco.

Cuando al día siguiente se puso en pie a las cuatro de la mañana, tiró de nuevo a Tom al suelo para enseñarle (como hacen con los jóvenes caballeretes en las escuelas públicas) que, especialmente ese día, debía portarse bien, ya que irían a una auténtica mansión y, si satisfacían a sus clientes, sacarían una buena tajada. Tom pensaba lo mismo y, de hecho, se habría comportado lo mejor posible incluso sin que el señor Grimes le hubiera maltratado, porque, de todos los lugares sobre la faz de la tierra, la villa (que nunca había visto) era el más maravilloso y, de todos los hombres del mundo, sir John (quien le había enviado a prisión un par de veces), el más temible.

La villa Harthover realmente era un gran lugar, incluso en el rico norte del país. Poseía una casa tan grande que, durante los disturbios «ludistas»<sup>[2]</sup>—que Tom recordaba vagamente—, el duque de Wellington y diez mil soldados más fueron alojados allí sin problema o, al menos, eso es lo que él creía. La villa disponía de un jardín lleno de ciervos, a los que Tom tenía por monstruos comedores de niños.

Constaba, además, de kilómetros y kilómetros de cotos de caza donde el señor Grimes y los mineros cazaban furtivamente de vez en cuando. Tom, en esas ocasiones, veía faisanes y se preguntaba qué sabor tendrían. Había también un majestuoso río salmonero, en el que al señor Grimes y a sus amigos les hubiera gustado pescar — ilegalmente, claro—, pero para hacerlo era necesario meterse en sus frías aguas, lo que no parecía apetecerles demasiado. En resumen, Harthover era un sitio magnífico y Sir John un gran señor a quien, por distintas razones, incluso Grimes respetaba. No sólo porque podía enviarle a prisión cuando lo mereciese (como ocurría una o dos veces por semana) ni porque poseyera tierras en muchas millas a la redonda ni porque fuera alegre, honesto y sensato o tuviera una gran jauría e hiciera siempre lo más conveniente para él o para sus vecinos, sino porque, además, pesaba más de cien kilos. Ni se sabía cuánto medía el contorno de su pecho y era capaz de darle una paliza a Grimes en pelea limpia, algo que poca gente de por allí podía lograr. Y esto, mi querido niño, no está bien, aunque haya montones de cosas que a uno le encantaría hacer. De modo que el señor Grimes se tocaba respetuosamente el ala del sombrero cuando se lo cruzaba montando a caballo por la ciudad, solía llamarlo «viejo machote», y a sus niñas, «delicadas mozas», lo que en el Norte son refinados cumplidos. Grimes creía que así compensaba la caza furtiva de los faisanes de Sir John, algo que permitiría deducir que no había recibido una educación muy esmerada.



Pues bien, puedo asegurarte que una mañana de verano a nadie le gusta levantarse a las tres de la madrugada. Unos lo hacen porque salen a pescar salmones, otros porque desean escalar los Alpes y muchos otros, como Tom, porque no les queda más remedio. Te aseguro que en pleno verano las tres de la mañana es el momento más agradable de las veinticuatro horas del día y de los trescientos sesenta y cinco días del año. Nunca sabré por qué nadie se levanta a esa hora, salvo los desequilibrados que llevan a cabo en ese momento lo que deberían hacer durante la jornada laboral. Pero Tom, en lugar de irse a cenar a las ocho y media, a un baile a las diez y rematar la noche entre las doce y las cuatro, se echó a dormir a las siete, momento en el que su patrón salió hacia la taberna. Durmió como un tronco, razón por la cual se encontraba tan fresco y activo como un gallo de pelea (que siempre se levanta temprano para despertar a las criadas) y a punto para saltar de la cama cuando las damas y los caballeros se disponían a acostarse.

Así que él y su patrón comenzaron la jornada. Grimes montado en su burro mientras Tom le seguía detrás con los cepillos auestas. Salieron de casa calle arriba, pasaron por delante de los postigos de las ventanas —que permanecían cerrados—, de policías cansados y somnolientos y de grises y brillantes tejados en el ceniciento amanecer.



Atravesaron el pueblo de los mineros —ahora desierto y silencioso— y el puesto de peaje. Fue entonces cuando comenzaron a adentrarse en el campo, avanzando

lentamente por un camino oscuro y polvoriento, entre negros muros de escoria, sin otro sonido que el gemir y golpear de la maquinaria de la mina de al lado. Pero pronto el camino se volvió blanco, igual que los muros, y a sus pies surgieron hierba alta y alegres flores empapadas de rocío y, en lugar del sonido de las máquinas, escucharon el canto de la alondra al amanecer y de la curruca gorgojando en las juncias, tal como lo había estado haciendo desde la noche anterior.

Lo demás era silencio, pues la vieja Madre Tierra aún dormía profundamente e, igual que algunas personas, era en ese momento cuando resultaba más bella. Los majestuosos olmos permanecían profundamente dormidos sobre los prados verdes y dorados y, bajo ellos, también lo hacían las vacas. Es más, las escasas nubes permanecían igualmente dormidas, tan perezosas que se habían tumbado en el suelo para descansar, formando largas franjas y copos entre los troncos de los olmos y a lo largo de las copas de los abedules que, junto al arroyo, esperaban que el sol les pidiera levantarse y comenzar su tarea sobre la claridad del cielo.

Ellos continuaban su camino y Tom no dejaba de observar, pues nunca se había adentrado tanto en el campo. Sentía un gran deseo de subirse a una valla, coger ranúnculos y buscar nidos de pájaro en los setos. Pero Grimes era un hombre de negocios y no habría querido ni oír hablar de ello.

Pronto alcanzaron a una pobre mujer irlandesa que caminaba con dificultad cargada con un pesado fardo a sus espaldas. Se cubría la cabeza con un mantón gris y vestía una enagua carmesí, lo que garantizaba que procedía de Galway<sup>[3]</sup>. Iba descalza, sin medias, y cojeaba como si estuviera cansada y le dolieran los pies. Aun así, era alta,

hermosa, de ojos grises y brillantes y pelo negro y espeso que caía sobre sus mejillas. Tanto fascinó a Grimes que cuando llegó a su lado le dijo:

—Este es un camino muy duro para unos pies tan delicados. ¿Le gustaría, joven moza, cabalgar conmigo?



Pero quizá a ella no le interesaron ni el aspecto ni la voz del señor Grimes, ya que respondió entre dientes:

—No, gracias, prefiero caminar con tu chico.

—Como desees —gruñó Grimes, y continuó fumando.

Así que echó a andar y se puso a hablar junto a Tom. Se interesó por dónde vivía, qué cosas sabía y todo lo relacionado con él. Tom pensó que nunca había conocido a una mujer que hablase tan dulcemente. Finalmente, ella le preguntó si rezaba sus oraciones y pareció entristecerse cuando Tom contestó que no conocía oraciones que rezar.

Entonces él quiso saber dónde vivía ella. Lejos, junto al mar, contestó. Tom le preguntó sobre el mar y ella le contó cómo retumbaba y rugía contra las rocas en las noches de invierno, y cómo permanecía tranquilo en los radiantes días de verano para que los niños pudieran jugar y bañarse en él, y muchas otras historias que le hicieron desear ir a ver el mar y bañarse en sus aguas.

Llegaron finalmente a un manantial a los pies de la colina. No era como los que ves por aquí, que brotan de la grava blanca y te empapan, rodeados de papamoscas rojos, brezos rosas y dulces orquídeas blancas, ni como ningún otro que hayas podido ver por los alrededores, borboteando bajo el cálido banco arenoso del hondo sendero, junto a los helechales que hacen bailar la arena del fondo noche y día, todos los días. Tampoco como esos otros que se hallan por aquí, sino una auténtica fuente de piedra caliza del norte del país, como las de Sicilia o Grecia, donde los antiguos paganos se maravillaban contemplando cómo se refrescaban las ninfas en un caluroso día de verano, mientras los pastores las espiaban detrás de los arbustos.

La gran fuente brotaba de una pequeña cueva de piedra, a los pies de un peñasco de caliza, y manaba tranquila y burbujeante, tan limpia que era imposible distinguir dónde empezaba el agua y dónde terminaba el aire. Descendía por el camino con tanta fuerza que podría mover un molino, entre geranios azules, flores de San Pallari<sup>[4]</sup>, frambuesos silvestres y cerezos alisos con sus borlas color nieve.

Grimes se paró y echó un vistazo, al igual que Tom. Éste se preguntaba si en esa oscura cueva viviría algo que por la noche salía a volar por los prados. Grimes, en cambio, no se preguntaba nada en absoluto. Sin mediar palabra, bajó de su burro y trepó por el muro del camino, se arrodilló y, de manera digamos poco educada, empezó a remojar su

repugnante cabeza en el manantial. Tom comenzó a recoger flores tan rápido como pudo y la mujer lo ayudó. Le mostró cómo atarlas y entre los dos consiguieron formar un bonito ramillete. Pero al ver lavarse a Grimes, Tom se quedó atónito y aún más cuando al finalizar comenzó a sacudirse las orejas para secárselas.

Entonces, Tom le dijo:

—Patrón, nunca antes le he visto hacer eso.

—Y nunca más lo verás —respondió Grimes—. No lo he hecho por asearme, sino por refrescarme. Sería una vergüenza tener que lavarme todos los días como si fuera un sucio minero.

—Ojalá pudiera yo meter la cabeza —añadió el pobre Tom—. Debe de ser tan bueno como ponerla bajo el surtidor de la ciudad, con la ventaja de que aquí no hay alguaciles que te persigan por ello.

—Ven aquí —dijo Grimes—. ¿Por qué quieres asearte? Tú no te bebiste anoche dos litros y medio de cerveza, como yo.

—Y a mí que me importa —respondió el pícaro Tom. Corrió hacia el arroyo y comenzó a lavarse la cara.

Grimes albergaba rencor porque la mujer prefería la compañía del chico a la suya, así que maldiciendo se abalanzó sobre él, lo agarró con fuerza y comenzó a golpearlo. Pero Tom ya estaba acostumbrado a ello y se defendió metiendo la cabeza entre las piernas de su patrón, propinándole patadas en las espinillas con todas sus fuerzas.

—¿No te da vergüenza, Thomas Grimes? —gritó la mujer desde detrás del muro.

Grimes la miró, sorprendido de que supiera su nombre, pero todo lo que respondió fue:

—No, no me da vergüenza y nunca me ha dado —y continuó golpeando a Tom.

—Viniendo de ti estoy segura de eso. Si alguna vez te hubieras avergonzado de ti mismo, hace tiempo que habrías ido a Vendale.

—¿Qué sabes tú de Vendale? —gritó Grimes, dejando de pegar a Tom.

—Sé cosas sobre Vendale y también sobre ti. Sé lo que ocurrió aquella noche hará dos años en Aldermire Copse, por San Martín.

—¿Ah sí? —exclamó Grimes que, olvidándose de Tom, saltó el muro y se encaró con la mujer.

Tom pensó que le iba a pegar, pero ella miraba a Grimes con suficiente fiereza como para impedirselo.

—Sí, yo estuve allí —susurró la mujer.

—Por tu acento diría que no eres irlandesa —repuso Grimes después de proferir otras barbaridades.

—No importa quién sea yo, vi lo que vi y, si vuelves a pegar al muchacho, contaré lo que sé.

Grimes parecía bastante acobardado y sin mediar palabra montó en su burro.

—¡Alto! —exclamó la mujer—. Tengo una cosa más que decir a los dos, porque ambos me veréis antes de que esto termine. Aquellos que deseen estar limpios, limpios estarán, y aquellos que quieran estar sucios, sucios estarán. Recordadlo.

Dio media vuelta y accedió al prado por una verja. Grimes se quedó un rato pasmado y después corrió tras ella gritando: «¡Vuelve aquí!». Pero, cuando entró en el prado, la mujer ya no estaba.

¿Se habrá escondido? No hay sitio donde ocultarse. Grimes buscó por los alrededores y Tom también, pues

estaba igual de atónito por la súbita desaparición pero, miraran por donde miraran, no la encontraban.

Grimes regresó callado como un muerto y parecía un poco asustado. Montó de nuevo en su burro, preparó una pipa fresca y partió fumando, dejando a Tom en paz.

Tras recorrer más de cuatro kilómetros, alcanzaron la garita de entrada a la villa de Sir John. Constaba de grandes puertas de magnífico acero y columnas de piedra, sobre cada una de las cuales se alzaba un horrible grifo con colmillos, cuernos y cola, el estandarte con el que los antepasados de Sir John fueron a la Guerra de las Rosas. Hicieron muy bien en llevarlo, ya que los enemigos huían despavoridos nada más verlo.

Grimes llamó a la puerta. El guardés salió y les abrió.

—Me avisaron de que vendrías —dijo—. Más os vale portaros bien y permanecer en la avenida principal, no vaya a ser que cuando os vayáis os encuentre escondidos un conejo o una liebre. Os voy a registrar, os lo aviso.

—No lo hallarás si está en el fondo de un saco de hollín —respondió Grimes riendo socarronamente. El guardés también se rió y añadió:

—Si sois de esa calaña, más me vale que os acompañe hasta la entrada.

—Deberías hacerlo —respondió Grimes—, tu trabajo es cuidar de esto, amigo, y no el mío.



Así que el guardés fue con ellos y, para sorpresa de Tom, él y Grimes charlaron alegremente durante todo el camino. Tom no sabía que un guardés es sólo un furtivo que ha pasado de estar fuera a estar dentro y que un furtivo es un guardés que ha pasado de estar dentro a estar fuera.

Durante dos kilómetros y medio subieron por una gran avenida de caliza. Tom observaba tembloroso los cuernos de los ciervos que dormían asomados entre arbustos y helechos. Jamás había visto árboles tan grandes y cuanto más los contemplaba, más se maravillaba del cielo azul que descansaba en sus copas.



Pero Tom estaba bastante desconcertado por un extraño murmullo que los acompañaba durante todo el camino, tan desconcertado que, finalmente, se armó de valor y preguntó al guardés qué era. Habló muy educadamente y le llamó «Sir», ya que le daba miedo y le imponía bastante respeto, lo que agradó al guardés, quien contestó que el ruido no era otra cosa que abejas revoloteando sobre las flores.

—¿Qué son las abejas? —preguntó Tom.

—Las que hacen la miel —respondió el guardés. —¿Y qué es la miel? —insistió Tom. —Eh, tú, cállate ya —ordenó Grimes. —¡Deja al muchacho en paz! —exclamó el guardés—. Es un crío muy educado, y eso es más de lo que será si continúa contigo. Grimes se rió, pues se lo tomó como un cumplido. —Ojalá fuera guardés —comentó Tom— para vivir

en un lugar tan hermoso, llevar bombachos de terciopelo verde y un auténtico silbato para perros, como usted.

El guardés rió. Era un tipo de buen corazón.

—Se está muy solo, jovencito, a veces demasiado. Vuestra vida, de todas todas, es más segura que la mía, ¿eh, señor Grimes?

Grimes rió de nuevo y los dos hombres comenzaron a hablar en voz baja. Pese a ello, Tom pudo escuchar que la conversación iba sobre una disputa entre furtivos.

Finalmente, Grimes le espetó bruscamente:



—¿Es que tienes algo contra mí?

—De momento, no — respondió el guardés.

—Entonces no me hagas más preguntas hasta que lo tengas, que soy hombre de honor.

Ambos se rieron, pues creyeron que era gracioso.

En esto llegaron a las enormes puertas de acero situadas frente a la casa. A

través de ellas, Tom observó las azaleas y los rododendros, ambos en flor. Después, contempló la mansión preguntándose cuántas chimeneas tendría, cuánto tiempo haría que la habían construido, el nombre del hombre que lo había hecho y si le pagaron mucho por ello.

Esta última pregunta era bastante difícil de responder, pues Harthover había sido edificada en noventa momentos diferentes y en diecinueve estilos distintos. Parecía como si alguien hubiera construido una calle llena de casas con las

formas más variopintas y las hubiese removido con una cuchara.

Los áticos eran anglosajones, la tercera planta normanda, la segunda del Cinquecento, la primera isabelina, el ala derecha dórico puro, la central del gótico inglés temprano con un pórtico inmenso copiado del Partenón. El ala izquierda, puro beocio que, por cierto, era la que más admiraban los de por allí, porque se parecía a las barracas de la ciudad, sólo que tres veces mayor. La gran escalinata había sido copiada de las catacumbas romanas y la escalinata posterior del Taj-Majal de Agra. Fueron construidas por el tatara-tatara-tatara-tío de Sir John, quien, en las Guerras Indias de Lord Clive había cosechado un montón de dinero y heridas, pero no mejor gusto. Las bodegas imitaban a las cuevas de Elefantina y los despachos, al pabellón de Brighton. El resto no se parecía a nada que existiera en el cielo, en la tierra o bajo ella.

Así pues, la Casa Harthover era un enorme rompecabezas para anticuarios, un minucioso viñedo de Nabot<sup>[5]</sup> para críticos, arquitectos y todo aquel que gustara de entrometerse en lo ajeno y gastar el dinero de otros. De modo que todos ellos atosigaban, año tras año, al pobre Sir John con el fin de que gastara alrededor de cien mil libras en construcciones. Lo hacían más para complacerse ellos que para complacerlo a él, quien siempre les daba largas, como haría cualquier tipo listo del Norte.

Uno pretendía levantarle una casa gótica, a lo que Sir John respondió que él no era ningún godo. Otro, convencerlo para hacer una casa de estilo isabelino, a lo que Sir John respondía que él vivía bajo el reinado de la buena reina Victoria, no bajo el de la buena reina *Bess*<sup>[6]</sup>. Otro se atrevió a decirle lo fea que era su casa por fuera, a lo que le respondió: «Yo no vivo fuera, sino dentro». Finalmente, otro